

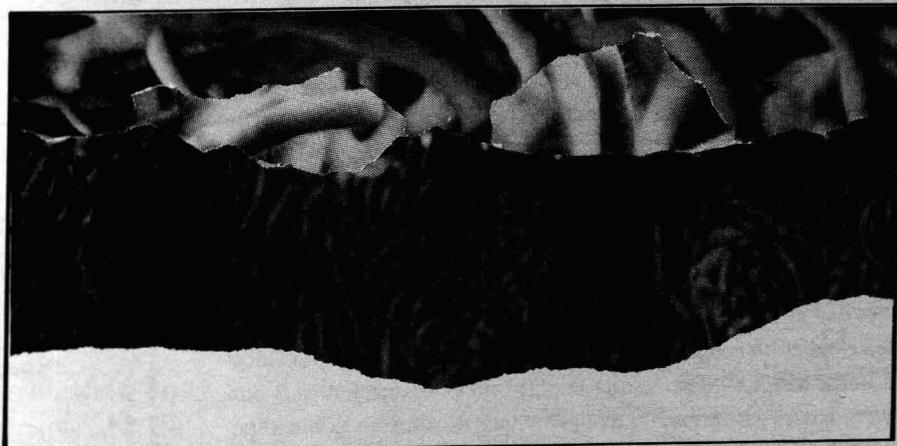
---

Adolfo Castañón

---

# Las Montañas Azules

---



**H**abía una vez un niño muy pobre. Tan pobre que no tenía ni padre ni madre. Vivía con su abuela en las afueras del pueblo. Sus padres habían muerto cuando él era muy pequeño. Primero había desaparecido él y luego ella, al ver que no volvía, lo había seguido. La cabaña donde vivían era muy pequeña, tenía un solo cuarto donde la vieja Almina y el muy joven Juan pasaban juntos los interminables días de invierno. Por la mañana, la abuela se iba al pueblo a ganarse el pan, salía antes de la madrugada cuando todavía era noche y las estrellas parecían de hielo. Juan se hacía el dormido para no mortificarla pero en realidad se quedaba despierto en la cama oyendo los pequeños ruidos de dentro y fuera de la casa que conocía tan bien como el rostro rugoso y apacible de la abuela: la gotera que caía junto a la puerta con la misma inexorable regularidad del reloj que marcaba las horas en la iglesia del pueblo, el ratón que se movía con cautela y tenacidad en el bote de basura situado justo al otro lado de la pared, el grito ronco del viejo gallo del vecino que primero cantaba dos veces y luego se quedaba silencioso unos minutos antes de continuar su solitaria diana. Juan sabía que era hora de levantarse cuando oía ladrar a los dos perros del leñador por el camino, y de un salto se ponía pantalones, zapatos y camisa y salía al aire libre de la mañana a saludar a la formidable y argentina haya que crecía a unos cuantos pasos de la casucha. Era un árbol enorme, firme, erguido y que parecía esbelto a pesar de su tamaño, con su corteza casi blanca y una frondosa copa ovalada que se veía desde muy lejos. Juan se las arreglaba muy bien para trepar por el tronco liso y vertical y luego se resbalaba a horcajadas por una de las ramas. Desde allí, desde lo alto, veía hacia atrás el techo de dos aguas de su casa, las tejas enlameadas donde el musgo dibujaba un continente perdido, los nidos de los pájaros escondidos entre el tejado, el tiro sucio de la chimenea. Se inclinaba un poco más sobre la rama y podía ver, a la izquierda, el pueblo y a la derecha el campo a esa hora todavía cubierto por jirones de niebla. Juan se quedaba acurrucado en una rama durante horas con la mirada en apariencia perdida, veía desde lo alto de su haya las montañas azules que se divisaban desde ahí: una cumbre detrás de otra como un oleaje lentísimo de montes y de riscos perdiéndose en el horizonte. Juan no sabía qué era el mar; tampoco sabía que sentía

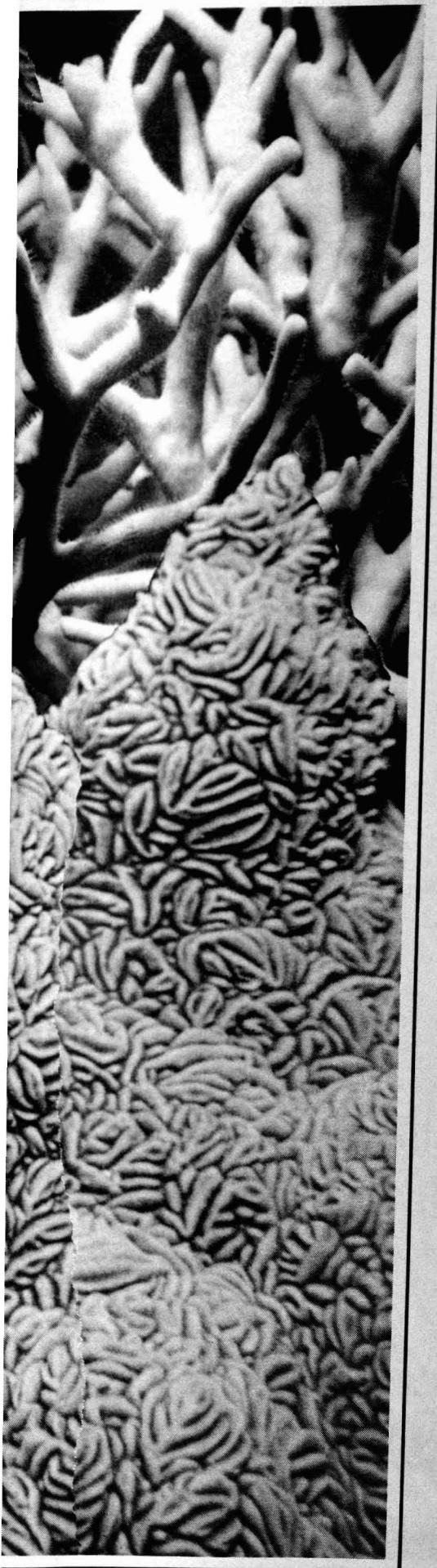
el mismo alborozo, la atracción irresistible que punza al marinero cuando lo llama el mar. ¿Qué habría más allá de las montañas azules? El día que Juan le hizo esta pregunta a su abuela, la vieja puso la mirada en blanco, siguió chasqueando su sopa de pan y fingió no haber oído. Así era ella. Prefería no hablar de lo que no le gustaba, hacía los mayores sacrificios sin darles importancia. No era precisamente comunicativa, ni totalmente taciturna: de vez en cuando hacía brotar entre dientes un chorro confuso de palabras de las que sólo se podía distinguir la entonación, más que farfullar se diría que gorjeaba pero, cuando algo la inquietaba, se hundía en un denso, inquebrantable silencio. Por eso ahora Juan sabía que en las montañas se encerraba un misterio. Adivinaba caminos y senderos serpenteantes hacia las cumbres verdes y azules; sentía que, conforme subían, los caminos se adelgazaban y tal vez flotaban entre las nubes. Si los dioses existían, allí seguramente podrían encontrarse sus huellas todavía frescas. Al menos, eso pensaba Juan mientras se abrazaba a su rama preferida. Veía cómo las cimas, primero envueltas en la niebla y en las nubes, iban apareciendo en el azul para luego disolverse en la luz y ondular como un oleaje.

Juan tenía pocos amigos en el pueblo. Uno de ellos era Matías, el zapatero que había abandonado a su mujer y que había vuelto al pueblo años después transformado en un hombre solitario que cumplía con metódica puntualidad sus deberes religiosos. Era un gigante silencioso que por alguna razón le tenía afecto a Juan. Entre sus manos inmensas los zapatos de la gente normal parecían pequeños y, los de los niños, modelos de juguete. Matías arreglaba gratuitamente los zapatos de Juan y hasta le había regalado una mochila para cuando fuera a la escuela. Tal vez así el hombrón creía retribuir las horas que pasaba el niño ayudándole en el taller. Un día le preguntó de improviso: "Dime Matías, ¿tú sabes qué es lo que hay más allá de las montañas azules?" "Dicen que el mar" —respondió el zapatero con tono displicente que quitaba toda importancia a la pregunta. Luego Matías añadió: "Pero lo que importa no es lo que hay *más allá* sino lo que, según dicen, hay *en* las montañas azules" y guardó silencio como esperando el efecto que producirían sus palabras. Juan abrió desmesuradamente los ojos y se quedó pensativo y con la boca entreabierta durante algunos instantes.

Se oyó el choque tenaz de una mosca contra el cristal, los pasos veloces de una mujer en la calle, el chisporroteo de la leña en la chimenea que el friolento Matías siempre tenía encendida y que se confundía con el manso incendio de la brisa entre los árboles.

"La verdad —continuó con voz ronca y con el ánimo evidente de decirle a Juan todo lo que podía referir acerca de aquello— es que nadie sabe muy bien qué hay ahí porque son muy pocos los que se han decidido a emprender el viaje, y de ellos —que yo sepa— ninguno ha regresado. Te diré algo. Después de todo, si ya tienes edad para preguntar, la tienes para saber cómo ocurrieron las cosas y para guardar un secreto. Tu padre no desapareció sin más. Partió hacia las montañas azules. Pasaron varios meses y tu madre lo siguió." Curiosamente a Juan —un niño moreno de once años que a veces tenía mirada de un joven de veintidós— nada de esto le sorprendió. La emoción que sentía al subir al árbol y contemplar desde ahí las montañas azules era tan pura, tan poderosa, tan íntima y plena que la confesión de Matías en cierto modo representó para él un alivio aunque de todos modos siguiera sin saber qué había en ellas. De pronto, adoptando un tono exigente y severo, Juan se volvió hacia el zapatero y le dijo, con esa impaciencia didáctica que suelen emplear los niños cuando tratan a las personas mayores (a veces con razón) como si éstas fuesen menores de edad: "Matías, por favor, yo no te pregunté adónde había ido mi padre, sino qué es lo que hay en las montañas azules." El gigante lo miró sin decir nada, tenía cuatro clavos entre los labios y continuó remachando suelas como si el niño no estuviera ahí. Por fin le respondió. No le costó trabajo dominar su malhumor ante la brusquedad de Juan pues cuando todavía éste no terminaba de hablar la imagen del padre se recortó con nitidez en la mente del zapatero y vio al joven amigo de antaño con su camisa morada y sus pantalones grises tal y como éste se le había presentado el día en que le anunció con vehemencia que esa vez nada lo detendría, que estaba dispuesto a emprender el viaje. Y el gigante Matías se oyó decir a sí mismo cosas de las que no estaba seguro o que había oído, como entre sueños, hacía mucho tiempo: "Dicen que allá arriba, detrás de





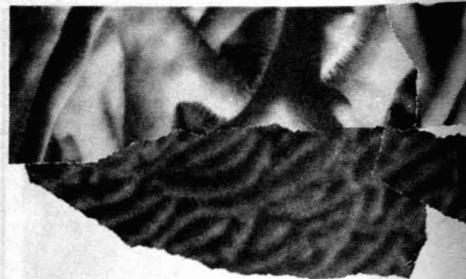
una cascada, hay un cántaro de bronce lleno de monedas de oro y junto a él una flauta de piedra cuyo sonido puede hacer desagraciado para siempre a cualquiera que lo oiga. Dicen que el que se quiere llevar el cántaro debe llevarse también la flauta y tocarla en público cada que quiera cambiar una moneda." Todo esto no sólo era nuevo para Juan sino para el mismo Matías, quien se oyó a sí mismo decir todo esto con la misma atención expectante con que había seguido sus palabras el pequeño Juan. Presa de temor le dijo al niño: "No me hagas caso, no sé lo que digo." A Juan ni siquiera le pasó por la cabeza que esto era literalmente cierto y más bien interpretó espontáneamente las últimas palabras de Matías como una expresión de ese pudor que nos embarga después de que hemos descubierto un secreto. Aunque todo era nuevo para Juan, le parecía conocido. Lo del oro era natural. ¿Acaso no era el arcoiris que se veía desde el árbol un reflejo de ese cántaro? La flauta, en cambio, le parecía que estaba fuera de lugar. No veía por qué había que tocar la flauta para cambiar las monedas. Sin que nadie se lo hubiese dicho, Juan sabía que todos los músicos llevan sobre el rostro como un invisible velo de tristeza que les da un aire melancólico incluso cuando están más alegres. A él mismo, por alegre que fuese, la música lo hacía llorar.

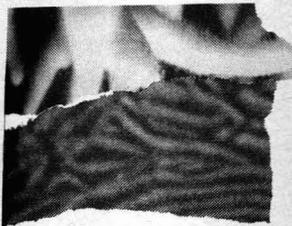
Cuando le anunció a la abuela su decisión de partir rumbo hacia las montañas azules, ésta lo miró a los ojos con sus pequeños ojos vivos, negros y sin pestañas y se mordió los labios. No había nada que hacer: ese estúpido gigante que había sido amigo de su hijo ahora le llenaba la cabeza de humo al nieto. "¿Sabes al menos por qué quieres ir?" le preguntó la abuela con firmeza como quien toma el brazo de alguien que está mareado. "Sí, replicó Juan. Así, además de buscar el cántaro, averiguaré algo sobre mi padre." La respuesta no dejaba dudas. La vieja chasqueó la lengua; "...el imbécil no se guardó nada", pensó para sus adentros. Entonces hizo prometer al muchacho que el próximo domingo, antes de partir, iría a misa y se confesaría y comulgaría. A Juan no le sorprendió la solicitud e incluso le fastidió un poco pues, al salir del taller, Matías le había hecho exactamente la misma recomendación. Se iría el lunes a primera hora, el día en que empezaban las clases. No sabía realmente cuándo volvería, aunque los preparativos y comentarios que hacía la abuela empezaron a amedrentarlo: le indicó el escondrijo donde guardaba unas cuantas monedas junto con los papeles de la casa y algunos recuerdos de familia que habían ido pasando de mano en mano como talismanes contra el olvido; luego, el domingo, antes de entrar a misa, lo tomó de la mano y lo llevó a un rincón del cementerio: "Aquí me buscarás cuando vuelvas, guarda una de tus monedas para pagar una misa y toca con la flauta aquella canción donde venía de la luna un gigante tocando el tambor." Juan volvió a sentirse incómodo: ¿Quién le habría contado a la abuela la historia de la flauta? Sintió frío en la espalda y se dio cuenta de que, desde que Matías le había hablado de las montañas azules, él, sin saberlo con toda claridad, había empezado a despedirse de todos y, entre todos, de la abuela. Sólo Dios sabía cuánto la quería; pero de un tiempo a esta parte sólo podía confesarle al diablo -y eso en voz baja, como en un murmullo que no deseaba oír ni siquiera él mismo- cómo odiaba la vejez, cómo le desesperaba ver que la abuela se hacía cada vez más débil y más torpe. No oía, estaba siempre pensativa y hablaba entredientes aunque nunca dejaba de trabajar. Ella no podía ser más bondadosa con él, le reservaba la mejor parte de la comida, le remendaba continuamente la ropa, le hacía cariños pero a medida que pasaban los años parecía cada vez más ensimismada, era como si una voz la llamase desde el fondo del pozo de los años y le fuese imposible no atenderla. Juan se engañaba a sí mismo diciéndose que se iba a las montañas azules a buscar el cántaro y la flauta para devolverle a la vieja aquella alegría que le había conocido en otras épocas, cuando todavía vivían Aureliano y Mahaud, los gatos que para ella habían significado tanto. Juan iba absorto pensando en todo esto mientras volvían del cementerio a la iglesia y sólo se despertó al tropezarse con el dintel del gran portón y observar que la iglesia estaba llena, que todas las miradas se dirigían hacia él y que algunos se cuchicheaban cosas al oído sin quitarle la vista. Fue a tomar el sitio de costumbre. Estaba distraído y no oyó la homilía sobre los trabajos del Apóstol Santiago con los gentiles. Al recibir la comunión y levantar la vista hacia el sacerdote lo distrajo algo que nunca antes había sentido: era un leve cosquilleo

en lo alto de la cabeza como si una mano invisible hubiese pasado acariciándole la coronilla.

Los preparativos del viaje fueron sencillos: una camisa, un par de calcetas, unas cuantas monedas y la capa que la abuela se había empeñado en que llevara, todos los viáticos en la mochila junto con un pan y un pedazo de queso. Durante la tarde del domingo fue a despedirse del viejo Matías. Insistió en darle unas botas que alguien había olvidado hacía mucho tiempo. Le quedaban ligeramente grandes pero eran calientes y cómodas. Vio al zapatero con su camisa sucia y sus ojos claros que parpadeaban sin cesar, el taller con sus muros de adobe carcomidos y tuvo la sensación de que era el mundo el que se iba de viaje y no él. Él se quedaba en la orilla del río, de pie sobre sí mismo, mientras el pueblo, con su abuela, el zapatero, la iglesia, la escuela y la haya se alejaban como si estuvieran sobre una barca y se iban flotando sobre el manso pero incesante río del tiempo. Esa noche no durmió o soñó que no dormía. En la turbia vigilia del insomne distinguió la balsa sobre el río y supo, como sólo se sabe en sueños, que las montañas aparecerían en el horizonte en el momento en el que hubiese desaparecido, por el otro lado, el pueblo con sus seres queridos.

Y así sucedió pues el viaje empezó muy de mañana y continuó para siempre. Al menos así pensaba Juan, para quien todos los días eran el mismo día: subiendo y bajando montes, atravesando valles y altiplanos bajo la lluvia, bajo el sol, con viento o en el áspero, seco aire del verano. Las montañas azules siempre estaban ahí pero nunca lograba acercarse a ellas. Durante el camino había conocido a todo tipo de gente y a todos había tratado de serles útil. Quienes más le simpatizaron fueron los hijos de los gigantes de quienes se había hecho amigo. Le recordaban a su viejo amigo Matías pero eran torpes, parlanchines y voluntariosos. Gracias a uno de ellos se encontraba por fin en el buen camino y dentro de algunas semanas estaría en la cima de las montañas. Gallo, el hijo de Fibrás y el más ingenioso y divertido de todos, le había dado a Juan las orientaciones necesarias para llegar y para volver. Lo había hecho después de mucho insistir y pronunció sus instrucciones solemnemente y en voz baja. Al llegar al arroyo que corría entre dos peñascos, había que caminar siempre en línea recta aunque pareciera que las montañas se alejaban o desaparecían pues las montañas eran





caprichosas y traviesas, les gustaba jugar. Al mismo tiempo, era necesario buscar dos cosas: muérdago amarillo y musgo rojo. El primero había que masticarlo todo el día y guardarlo en la boca durante la noche pues el aire delicioso de las montañas se respiraba con fruición pero tenía algo que hacía perder la memoria a los hombres. El musgo rojo había que ponérselo alrededor del cuello y tapando los oídos, pues la muerte se paseaba de noche por las montañas y llamaba hacia ella a todos los seres, de modo que en las montañas, entre la caída y la salida del sol todos los animales anhelaban la muerte, envejecían hasta morir. Sólo armado de este modo, el joven Juan que durante el viaje había dejado de ser un niño podría volver. Preguntó a Gallo y Fibrás si no deseaban que hiciera algo por ellos: "Tráenos un poco de muérdago amarillo y de musgo rojo", le dijo este último, pues a nosotros un antiguo pacto nos prohíbe llegar hasta allí."

Los senderos que subían hasta las montañas eran todos muy estrechos y, a partir de cierta altura, ya no había camino, sólo prados verdes, matorrales más altos que él. Adelante estaban los riscos que Juan tardó en subir varios días con sus noches. Nunca había tenido tanto frío. Sabía que sólo gracias al muérdago que chupaba sin poder dormir no moriría congelado, convertido en una de aquellas piedras que parecían cuerpos dormidos. Por fin, llegó a una cañada que se encontraba justo antes de la cumbre. Reconoció la cascada, lo primero que vio fue la flauta de piedra. Era pesada y blanca como alabastro. El cazo con las monedas estaba un poco más allá. Bajo el musgo que las cubría las monedas relucían como si las acabaran de poner allí. Tomó ambas cosas y se apresuró a bajar. Aunque iba deteniéndose de vez en cuando en busca del muérdago y del musgo para sus amigos, lo sorprendió la rapidez con que hizo el descenso. Había tardado en subir muchas jornadas, pero ese mismo día al atardecer ya había bajado hasta el valle donde empezaban las montañas. En efecto, eran traviesas y caprichosas. Esa noche durmió el sueño más profundo que recordaba haber tenido nunca. No soñó nada pero al despertar sintió que su cuerpo había atravesado sierras, laderas, cordilleras de años. No sabía cómo explicarlo. Se sentía triste y, cuando trató de imaginar el haya desde la cual columbró las montañas azules, comprobó que la imagen del árbol no venía a su memoria, lo desobedecía como una mano cortada, un invisible nudo le cerró la garganta. Se puso en camino y al llegar al paraje donde se encontraba la casa de piedra de Gallo y Fibrás encontró una aldea llena de tiendas y de vehículos. Curiosamente algunas mujeres llevaban pantalones y nadie usaba sombrero. Después de haber escondido sus tesoros, entró a lo que parecía una taberna y preguntó por los gigantes. La mesera se burló de él y le dijo que los gigantes sólo existían en los cuentos y en la imaginación de los viejos. "Parece mentira que un joven de tu edad crea en esas historias. ¿De dónde vienes?" Dijo cualquier cosa y salió de ahí precipitadamente. Como en todas partes obtuvo la misma respuesta, decidió seguir su camino. A medida que avanzaba el cántaro y la flauta se hacían más ligeros y Juan podía caminar con mayor velocidad. Pasaron muchos días, muchas noches, más de trescientos, las lluvias se fueron y volvieron hasta que por fin reconoció el valle donde estaba, al fondo, su pueblo. Reconoció la luz, la orientación, pero la cúpula de aquella iglesia no se le hizo familiar. La que estaba viendo era mucho mayor que la que él recordaba. Buscó inútilmente su casa en aquella ciudad desconocida. Habían desaparecido cabaña y haya, las calles eran otras, sólo reconoció vagamente algunos rincones vecinos del taller de Matías, también desaparecido. Se dirigió a la iglesia y pidió hablar con el sacerdote. No, ya no había sacerdotes ahí. Ahora el edificio era un museo. ¿Museo? Sí, un lugar donde se puede ver cómo vivía la gente en el pasado. La cosa empezó a interesarle, pidió permiso para entrar. En cuanto lo hizo sonrió: ahí estaba representado en la pintura más antigua el pueblo que había conocido y del que había salido apenas hacía unos cuantos años... Pero ¿cuánto tiempo habría transcurrido en realidad? Salió precipitadamente. Ni siquiera podía llorar. Pensó que sería mejor dar las monedas de oro a los pobres o a los enfermos. Rumbo al hospicio pensó que había que ver el oro antes de repartirlo. Al echar una ojeada al interior del cántaro descubrió que sólo contenía un montón de hojas secas.

Esa tarde tocó por única vez la flauta blanca y, al concluir, contó su historia a los pocos que nos habíamos reunido para escucharlo. Nunca más lo volvimos a ver. ◇